

EL ORIGEN

Era la tercera vez y habían decidido aquella misma mañana que sería la última que intentaban en aquel planeta reiniciar los XIII grados de la existencia vital.

El sol se adivinaba por el horizonte, dispuesto a colaborar de nuevo para que esta vez, la vida, consiguiera superar todas las pruebas a que sería sometida y conectara por fin, aquel pequeño planeta a la Comunidad Creadora.

Los nuevos humanos, aprovechaban el frescor de la mañana, para intentar conseguir el sustento suficiente con el que alimentar a toda la aldea. Durante un breve instante, el líder miró hacia la montaña, sin comprender lo que estaba pasando en su cima, aunque muy pronto se desentendió de ellos, para unirse al griterío de la manada.

Todo estaba preparado para la partida, sobre la alisada plataforma, solo quedaba Pi y una docena de guardianes voluntarios, a los que se les había reconocido su difícil misión y lucían en sus pechos la estrella de la vida.

24 HORAS PARA EL XII

8 AM a 10 AM

El sabotaje

El *Infiniti* descapotable de Luisa, casi volaba sobre la autopista del Mediterráneo, sabía que llegaba tarde a la reunión extraordinaria que se había convocado y todavía no podía creerse la noticia con la que le había despertado sobresaltada a las siete de la mañana.

Hacía trabajar a tope los dos motores de su envidiado vintage, aunque era consciente de que el motor eléctrico, que con tanto esfuerzo le había incorporado a finales del año pasado, al llegar, no serviría ni como tostadora. El letrero con la indicación de que sólo faltaban cinco kilómetros para Gandia, la relajó un poco, aunque su pie derecho no se dejó intimidar y continuó apretando a tope el acelerador.

Tomó la salida 24 sin detenerse en el peaje por la vía de pago virtual y continuó por la carretera que subía hacia la montaña. Pronto apareció a lo lejos la gran mole de cristal, que el sol de la mañana, hacía que brillara como una estrella. En dos minutos, el guardia de seguridad, revisaba severo el código de acceso que prendía de su mono rojo, mientras otros tres, hacían lo propio con su vehículo.

Eran las ocho de la mañana del 20 de junio. Hoy debería haber sido un día muy feliz para ella y todo su equipo, no solo por lo acontecido el día anterior, sino porque además mañana era su cumple/santo, como le gustaba decir y le habían preparado una fiesta, aunque ahora todo se había ido al traste.

A los 35 años, Luisa Azcárate era una brillante ingeniera física, con un doctorado en motores de antimateria y dirigía, con bastante éxito, el departamento de investigación que, gracias a un acuerdo de colaboración con los países de la OPEP, la Compañía Europea del Espacio había situado en España.

Su objetivo era desarrollar nuevas fuentes de energía alternativas, para, de una parte, volver a llenar las arcas de unos países que ya no tenían crudo y de otra, conseguir la primacía europea en la carrera espacial, con un propulsor que situara a Marte, a unos pocos días de viaje.

Entró corriendo en el despacho del general Gómez, cuando el reloj marcaba las ocho y diez. Al instante comprobó, por la cara que tenía su jefe y todos los allí reunidos, que de nada le serviría disculparse, aunque lo intentó.

– Lo siento muchísimo general, – empezó a decir – no he podido...

– Señorita Azcárate, – le cortó en seco el militar – me alegro de que, aunque tarde, haya conseguido llegar. Tenemos una emergencia muy grave, así que siéntese de una vez y vamos a ver si podemos iniciar el relato de los hechos.

– Sr. Villarreal – dijo el general, dirigiéndose a uno de los asistentes – ¿quiere empezar de nuevo?...

Luisa miró al grupo que se apiñaba en la mesa redonda del despacho del general. Además de él, estaba el gerente del complejo Pascual Villarreal, el jefe de seguridad Mateo Tórtola y su amiga Shusy, la directora de operaciones, que estaba a punto de llorar.

Pascual, el gerente del complejo que se encontraba al lado del general, tomó la palabra y con gesto cansado, pues seguro que no había podido dormir en toda la noche, inició la exposición.

– Como todos saben, – dijo después de carraspear – esta semana es crítica para nuestro proyecto. La asignación de fondos está condicionada a que antes del verano, que empieza mañana, obtengamos pruebas tangibles de su viabilidad. Ayer, el equipo de la doctora Azcárate, consiguió completar, brillantemente, todo el desarrollo teórico que confirma la posibilidad de producir antimateria estable, en nuestras instalaciones.

– Sobre las 22 horas, – continuó – se cerró estrictamente el protocolo de confidencialidad que mantenemos desde el inicio del proyecto. Cada uno de los cinco miembros del equipo, guardó en su portátil y en el ordenador central, la parte que tiene encomendada de la ecuación total.

– El protocolo 345 – aclaró consultando sus notas – garantiza que nadie conoce en su integridad la fórmula final, pero además, según me comentó la doctora Azcárate, antes de marcharse anoche, lo descubierto ayer abre nuevos enfoques al proyecto. No obstante, aún nos movemos en el ámbito teórico, por lo que sólo las pruebas, a las que deberíamos de someter el trabajo esta semana, confirmaran que hemos tenido éxito en nuestra misión.

A pesar de que Luisa estaba tremendamente preocupada y muy asustada por lo que empezaba a intuir que hubiera podido pasar, no pudo por menos que recordar, la sensación tan maravillosa que había experimentado la tarde anterior, aunque seguía sin entenderlo.

Las fórmulas, que vez tras vez, se estrellaban contra el muro de la inviabilidad, se rindieron, en un momento indescriptible, su mente pareció profundizar hasta lo más recóndito de su cerebro y emergió con el mejor premio. Su lápiz voló sobre el papel para atrapar lo que le susurraban sus neuronas, luego lo introdujo en el ordenador, las alarmas rojas se apagaron y al instante todo cobró sentido, ¡ha-bía atrapado a la antimateria!

– Esta mañana, – siguió diciendo Villarreal – sobre las 6:30, la ingeniera Rafaela Martínez, fue la primera en intentar conectar su ordenador y acceder a su trabajo. Nada más hacerlo, se dio cuenta enseguida, de que toda la formulación estaba infectada por un virus, intentó entrar en el ordenador central y en su fichero personal del día anterior, pero tampoco lo consiguió, la pantalla aparecía en blanco con la rutina “fichero inexistente”.

– La directora de operaciones, – añadió – intentó también, sin éxito, conectarse sobre las 6:50. Alarmada, se acercó al despacho del físico *Francesco* Santorini, responsable con ella del tramo superior de la fórmula, para ver si también le estaba ocurriendo lo mismo, al no responderle abrió la puerta y lo encontró muerto en el suelo, sin aparentes signos de violencia.

Luisa no pudo reprimir un grito al escuchar que Santorini había fallecido. Hacía solo unas horas que habían estado riéndose y compartiendo el sabor de la victoria y ahora no se podía creer, que estuviera muerto a escasos metros de allí. Pidió perdón, carraspeó un par de veces y se secó los ojos, que empezaban a enturbiarsele.

– Tampoco el ingeniero Jesús Castelló, – retomó el gerente, después de dejar a Luisa unos segundos para que se recuperase – que lo intentó a las 7:35, ha sido capaz de conectarse tanto a su ordenador como al central. Por tanto solo nos resta que la doctora Azcárate, intente acceder a su fichero y especialmente al algoritmo descubierto ayer.

Luisa se sentó frente al ordenador del general y tecleó su clave, al instante apareció la pantalla de inicio y con un leve temblor de su mano derecha, accedió al programa “AM” que contenía todo el proyecto. Introdujo la codificación que desbloqueaba sus ficheros y al pulsar intro, la pantalla se tornó blanca y apareció la leyenda que indicaba que el fichero no existía.

Giró el monitor para que todos lo vieran y durante un instante, el silencio de la sala pareció de plomo.

Rápidamente pensó en su ordenador, se levantó de un salto para ir a por él, pero Shusy le cogió de la mano y la llevó a una mesa auxiliar donde estaban todos los portátiles de los miembros del equipo, incluido el suyo. Notó que algo le apretaba en el estómago y aunque le seguían temblando las manos, abrió el portátil, repitió la rutina para acceder al programa y otra vez la pantalla en blanco, le devolvió el mensaje que ya sabía.

– General, – acertó a decir, a pesar de que casi estaba en estado de shock – creo que deberíamos intentar ensamblar la fórmula desde el programa de compilación, si no podemos acceder a los ficheros, es posible que él pueda reparar el fallo o neutralizar el virus.

El general accedió de inmediato y Shusy se puso a los mandos del ordenador, lo intentó por la secuencia tradicional, luego al revés e incluso aleatoriamente, pero siempre, cuando pulsaba intro, para que el programa recuperara la fórmula en su totalidad, obtenía la misma respuesta, “operación inválida”.

– ¿Por qué no intentamos – dijo de nuevo Luisa – trasladar los ficheros al ordenador del acelerador que debe producir la antimateria?..., quizá allí los programas no estén infectados y puedan reconocer la fórmula completa como si fuera a iniciar las pruebas.

De nuevo el general autorizó la operación y Shusy se conectó con el ordenador del potente acelerador que, en una planta subterránea anexa al complejo, esperaba que le programaran como producir antimateria estable, por primera vez en este mundo. Inició el programa de transferencia de datos pero era imposible, cada vez que intentaba copiar o transferir un fichero el resultado era siempre el fatídico “operación inválida”.

– Estamos ante una clara situación de crisis que pone en riesgo todo el proyecto, – sentenció el general, interrumpiendo el pesado silencio que se había apoderado del grupo – voy a convocar el Comité de Emergencia y quiero señor Tórtola, que selle las instalaciones y las comunicaciones para impedir que los responsables, si todavía están dentro, puedan escapar. No tengo que decirles, que todo lo que se ha comentado aquí esta mañana, es absolutamente confidencial y que no lo pueden compartir con nadie sin mi autorización.

– Otra cosa Tórtola, – añadió antes de terminar – encárguese de que nadie entre, pero sobre todo de que nadie salga de las instalaciones sin que sea registrado hasta la última pertenencia y esté seguro de que es imprescindible que deba ausentarse de aquí. Consiga todas las grabaciones de las cámaras de seguridad y las transmisiones de datos efectuadas desde ayer y hágame un informe para el Comité.

Dio por terminada la reunión y se dirigió a su despacho para hacer la convocatoria a los miembros del proyecto, no sin antes advertirles de que no debían alejarse mucho de la instalación principal, por si era necesaria su presencia.

Luisa se acercó a Shusy, que no había dicho ni palabra y la abrazó, ambas mujeres se miraron en silencio sin saber que decir. En unas horas, el mundo que habían estado construyendo con tanto esfuerzo, se había venido abajo. Iban a tener que empezar de nuevo, si es que le daban otra oportunidad, aunque *Francesco* ya no estaría allí para animarlas como hacía habitualmente y aportar su gran creatividad.

– ¿Quién ha podido matar a Francesco?..., – dijo Luisa, rompiendo el incómodo silencio – ¿Cómo nos pueden estar haciendo esto?...

– Vamos a tomar un café – contestó Shusy mirándola con una profunda tristeza y cogiéndola de la cintura se la llevó a la cafetería.

El Comité de Emergencia

No eran todavía las nueve y media de la mañana, cuando la sala de reuniones se cerraba, para iniciar la primera reunión del Comité de Emergencia.

En la cabecera de la mesa, el general Gómez presidía la reunión con gesto malhumorado, a su derecha Pascual Villarreal se esforzaba en ordenar los folios, aun calientes de la impresora, donde constaba el informe de todo lo que sabían hasta el momento, de lo sucedido en el complejo en las últimas veinticuatro horas. A su izquierda, un nervioso Mateo Tórtola, trataba

de colocar cronológicamente las tarjetas que contenían las grabaciones de las cámaras de seguridad y las transmisiones de datos.

La gran pantalla de televisión que presidía la sala, estaba encendida y dividida en cuatro. En el primer cuadrante, aparecía un rostro enjuto, de unos cincuenta años, con gafas de concha de diseño, americana sport y cierto aire soñador en la mirada, el letrado que tenía debajo lo identificaba como Vincent Reiniger, CEO de la Compañía Europea del Espacio.

El segundo, presentaba a un hombre gordo, de tez morena, con algo menos de setenta años, vestido con una thawb blanca inmaculada de algodón y tocado con la clásica ghutra, con motivos blancos y rojos con cordones negros. Era la indumentaria típica de la clase alta de su país y parecía aburrido y malhumorado, se trataba de *ممشن یشال ممش* (Ali Ben Kali), Ministro de Nuevas Tecnologías de Arabia Saudí y era el representante de la OPEP en el proyecto.

El cuadrante inferior izquierdo, ofrecía la visión de un hombre maduro pero aun joven, bronceado y de facciones muy definidas. Vestía uniforme de la RAF a medida y era el Mariscal Jefe del Aire del Reino Unido y Comandante Supremo de la OTAN, Sir Joseph Mountain.

Por último, el cuarto cuadrante, también estaba ocupado por un militar, en este caso del ejército de tierra español, el teniente general Aureliano Zarra, Jefe del Estado Mayor y de la Junta de Jefes de Estado Mayor. Debía rondar los cincuenta años, llevaba el pelo cortado al dos y era además el jefe directo del general Gómez y máximo responsable ante Bruselas del proyecto.

El general Gómez, abrió la sesión haciendo un breve resumen de lo sucedido, para rápidamente dar la palabra al gerente que, durante quince minutos, expuso lo poco que sabían hasta el momento, deteniéndose especialmente en el hallazgo del ingeniero muerto y la desaparición o infección de todos los ficheros del proyecto.

Insistió sobre todo, en que se habían seguido estrictamente los protocolos de seguridad establecidos y que desde hacía media hora, nadie había entrado ni salido de las instalaciones, a la espera de lo que decidiera el Comité.

Cuando este terminó y sin dar opción a que los asistentes virtuales hicieran preguntas, el general Gómez, se volvió hacia el jefe de seguridad y tras preguntarle si había logrado recopilar la información que le había solicitado, le pidió que expusiera al Comité las primeras conclusiones.

– Buenos días, – dijo Tórtola un poco aturullado – tengo que decirles que apenas hemos tenido media hora, para recopilar las grabaciones de las cámaras de seguridad, tanto las que vigilan los accesos al recinto, como las de los laboratorios donde trabajan los científicos. En cuanto a las primeras, un visionado somero, no arroja nada sospechoso, si bien las estamos revisando en profundidad, para descartar que el sabotaje, haya sido perpetrado desde el exterior.

– En cuanto a las cámaras de los laboratorios, – añadió – a primera vista tampoco presentan nada sospechoso, exceptuando un salto de apenas dos minutos, en la secuencia de grabación de una cámara periférica. Pensamos que puede tratarse de un mal funcionamiento, pero como no tenemos ninguna explicación, he pedido que un equipo especializado nos haga un informe.

– Con relación a las transmisiones realizadas, – indicó cogiendo otra carpeta – la verificación es más complicada por la cantidad de información que hay que procesar. Todavía no tenemos resultados, pues sólo hemos podido realizar un rápido escaneo, con un algoritmo que nos permite identificar transmisiones que por destinatarios, horarios, contenidos y otros parámetros, son diferentes o únicas en el periodo investigado, en este caso desde las 8:00 AM de ayer, hasta la 8:00 AM de hoy. El programa compara las transmisiones de entrada y salida contra una muestra de otros días e identifica las que presentan alguna novedad en cualquier parámetro.

– Por la urgencia, – concluyó – el análisis solo se ha podido realizar sobre una muestra de diez días, por lo que habrá que repetirlo con todos los datos disponibles para obtener alguna conclusión fiable. De todas maneras, hemos identificado entre los correos salientes, uno que resulta un tanto extraño. Fue enviado ayer a las 20:37 desde un terminal auxiliar de apoyo a un teléfono móvil, con el siguiente texto: “Dios ha llegado”. Aunque no tenemos la certeza de que pueda tratarse de un pista, estamos intentando averiguar quién puede haberlo enviado y el destinatario.

Recogió sus carpetas y se volvió hacia el general indicándole con gestos que había terminado. El general Gómez dio las gracias a sus colaboradores y pidió a los miembros del Comité de Emergencia que hicieran sus preguntas.

– Buenos días – dijo Vincent Reiniger, responsable de la Agencia Europea – me gustaría general Gómez, que nos ampliara la información sobre ese virus que ha infectado los ordenadores. Por lo que veo, no afecta a todos los programas, los de comunicaciones y encriptación, por ejemplo, no han sido dañados. Creo que lo primero que hay que hacer es salvar los ficheros, por eso propongo que nos envíe a todos una copia, para que nuestros técnicos puedan colaborar en la eliminación del virus.

– Me parece una excelente idea, – respondió Gómez – cuando termine la reunión daré instrucciones para que se los envíen, aunque de momento nadie sabe de qué se trata. Por otra parte, es cierto lo que dice, todos nuestros ordenadores y programas informáticos parece que funcionan perfectamente y el problema se centra exclusivamente, en los ficheros que contienen la fórmula de la antimateria.

– Señores, – dijo ممشن یشال ممشن (Ali Ben Kali), removiéndose disgustado en su cuadrante, hasta casi salirse de él – no sé si lo ven ustedes, pero para mí está claro que esto es un sabotaje. Ha sucedido justo cuando teníamos la fórmula y no antes, tengo el presentimiento de que ese mensaje, nos va a llevar a nuestros eternos enemigos, los israelitas.

– General, – añadió, haciendo gestos de premura con las manos – ¿ha avisado ya a la policía española para que inicien su investigación?... Creo que tanto el general Zarra, como usted, deberían de hablar con sus jefes para conseguir que prioricen las investigaciones y envíen expertos y medios. Además, al primer indicio de que alguna potencia extranjera está detrás del sabotaje, deben alertar a la Interpol, para que podamos recuperar la fórmula esté donde esté.

– Creo que es un poco precipitado hablar de sabotaje y menos de una potencia extranjera, – atajó Gómez – no obstante, quiero decirles que no hemos avisado antes a la policía, porque he pensado que este Comité, debía de estar informado con antelación y que su primera conclusión, fuera precisamente, poner los hechos en conocimiento de la policía española, pues aparte del virus que bloquea la fórmula, tenemos un científico muerto.

– Sabemos ya general, – dijo Sir Joseph Mountain, tomando la palabra – si la muerte ha sido natural o si por el contrario estamos ante un suicidio o un asesinato, ¿existen signos de violencia?...

– Hasta que no avisemos a la policía, – respondió Gómez – no hemos querido realizar ninguna prueba, mariscal, son ellos los que deben levantar el cadáver y realizar la autopsia, no obstante, a simple vista, no presenta ningún signo de violencia y la posición del cuerpo sugiere que se desplomó como si hubiera sufrido un infarto.

– Señores, – dijo el general Zarra, interviniendo por primera vez – creo que con la información que tenemos ahora, es imposible llegar a ninguna conclusión, por tanto, si les parece bien, vamos a diseñar una hoja de ruta para que, en la siguiente reunión, que debería ser hacia el mediodía, sepamos a qué atenernos.

– Por un lado, – continuó – el general Gómez y su equipo, deben centrar su trabajo en los siguientes cuatro puntos:

– En primer lugar, hay que informar a la policía española, además voy a hablar personalmente con el ministro del Interior, para que otorgue al caso la máxima prioridad y asigne suficientes medios para la investigación.

– Segundo, envíenos a todos, una muestra del virus y algún fichero infectado, para que nuestros colaboradores se centren, durante las siguientes tres o cuatro horas, en intentar eliminarlo y rescatar la fórmula.

– En tercer lugar, mueva sus contactos para que realicen cuanto antes la autopsia del cadáver, en nuestra siguiente reunión, tenemos que saber si ha habido o no, un asesinato en nuestras instalaciones.

– Su cuarta y última tarea es concluir, cuanto antes, la investigación sobre las grabaciones de las cámaras de vigilancia, especialmente ese fallo de la cámara auxiliar. Revise íntegramente las transmisiones, por si aparecen nuevos mensajes sospechosos y haga que la policía averigüe quien y a quien, se envió el mensaje que ha comentado.

– En cuanto a la repercusión internacional, – matizó – creo que de momento deberíamos informar a nuestros aliados los americanos. Aunque no participan en el proyecto, siempre se han ofrecido a colaborar con nosotros y compartir información. Su cooperación puede ser muy útil, si al final descubrimos que el ataque procede de cualquier país de Oriente Medio. Creo Mariscal Mountain que, por sus buenas relaciones con la Secretaría de Estado, debería de ocuparse de este asunto.

– Por último, – concluyó – con el fin de tener todos los frentes bajo sospecha cubiertos, me gustaría que nuestro colega Ali Ben Kali, que ha sugerido la posible autoría de Israel, contactara con sus servicios secretos para ver si, en el caso que haya podido ser un sabotaje, este pudiera estar auspiciado por el bando contrario.

Cuando Zarra terminó con la hoja de ruta, el general Gómez abrió un nuevo turno de debate para concretar las actuaciones y tareas de cada uno. Lo más complicado, fue convencer al representante de la OPEP, sobre la conveniencia de informar a los americanos. Se oponía frontalmente alegando que ellos, no habían querido participar en el proyecto, cuando se lo habían ofrecido de manera reiterada todos los miembros.

Después de que tanto el general Zarra, como el director del proyecto y CEO de la Compañía Europea del Espacio, se emplearan a fondo y le prometieran que la información que les pasarían sería mínima, همشن یشال همش (Ali Ben Kali) se avino a dar su visto bueno.

Eran las 10:20 de la mañana cuando finalizaron la reunión, con el compromiso de volver a convocarla, cuando tuvieran la información suficiente para tomar nuevos acuerdos y en cualquier caso, antes de las 14:00 AM.